

Los cuadros de costumbres de Torres Méndez

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

El timbre *Sol y luna* distingue el excelente libro que el Banco Cafetero ha lanzado, en edición exigente de lujo, forrado en tela, con los cuadros de costumbres que firmara, a mediados del siglo pasado, ese eximio pintor bogotano que se llamó Ramón Torres Méndez. La obra está integrada por cincuenta y cinco dibujos pertenecientes a la colección que reposa en el Museo Nacional. El regalo que la empresa privada, asociándose al fomento de la cultura en clara labor colombianista, hace a los amantes de los buenos libros, no puede ser más oportuno, ahora, cuando parecen desdibujarse los perfiles de cuanto hasta hoy nos ha definido y caracterizado.

Torres Méndez fue un solitario, un hombre que hizo su hoy famosa serie costumbrista por simple recreación, dando suelta a su vocación irrefrenable. Ciertamente que al ser conocidos algunos de esos cartones, le llovieron encargos. También *El Pasatiempo*, un periódico de su época, tuvo el buen gusto de incluir, como suplemento mensual en colores, los formidables dibujos. Pero en ningún momento el pintor

tuvo que someterse a concesiones de ninguna índole con el público ni con los empresarios de casas editoriales. Tampoco, es seguro, llegó a sospechar la trascendencia que sus líneas iban a tener, con el correr de los años, dentro y fuera de su patria. Porque de las *Costumbres neogranadinas* se han hecho hasta ahora las siguientes ediciones: Litografía Martínez Hermanos, Bogotá 1851; Imprenta de A. De la Rue, París, en colores; Editorial Víctor Sperling, en Leipzig, 1910, publicada por la Junta Nacional del Centenario de la Proclamación de la Independencia de la República de Colombia, en blanco y negro; Cooperativa de Artes Gráficas de Bogotá, en colores, 1938 y la patrocinada por el Banco Cafetero y motivo de este comentario.

Haciendo caso omiso de las influencias que pesaban fuertemente aquí en materia de arte, se forjó su propio estilo, inconfundible, un tanto afectado por el romanticismo de ese lejano entonces que se hacía sentir en el santafereño ambiente. Nacido a comienzos del siglo pasado, la atmósfera que encontró al

tener conciencia de sí mismo, era heroica y grandilocuente, propicia a los arrebatos verbales y a los despliegues efectistas. Pero tales aspectos no afectaron su temperamento reservado, no impidieron que se dedicara, aprovechando sus dotes excepcionales de agudo observador, a fijar en el papel, con trazos seguros, en labor solitaria y fecunda, cuanto veía en el lento discurrir de la Nueva Granada, dejando a la posteridad una tarea que lo acredita como espléndido historiador.

En la Plaza de Bolívar abrió un taller; por él desfilaron las más hermosas mujeres de la época y los caballeros de timbre. Acudían a posarle porque su firma era lo cotizado en el reducido ámbito local. Pero esos lienzos, donde las señoras y señoritas exhiben sus sonrisas coquetas y sus peinados complicados en poses convencionales, y los caballeros de mirada al porvenir aprietan un libro o dejan caer la mano con estudiado descuido sobre una mesa, no tienen otro mérito distinto al circunstancial, pues en lo referente a técnica, habida cuenta que él siempre se negó a seguir la escuela de Vásquez y sus discípulos, si fue buena, quedó un tanto opacada por el acartonamiento que el retrato de encargo tiene de suyo. Al Torres Méndez auténtico hay que buscarlo en sus dibujos.

Con toques de fino humorismo, fijó los rasgos de esa sociedad un tanto ingenua de mediados del siglo XIX. Cómo eran sus reuniones sociales, qué influencias pesaban sobre sus trajes, hasta qué punto llegaba la afectación etc. No sería exagerado decir que hasta el ritmo de la política se alcanza a captar en sus hojas, buriladas con propie-

dad, realismo y hasta ironía hacia los de arriba, y trazadas con simpatía y generosidad cuando de los de abajo se trataba, porque hay que decirlo, para Torres Méndez el pueblo de base, la gleba, fue su mejor cantera, la que le proporcionó las vetas puras, sin disimulos, con el color en su estado más prístino. La miseria de los arrieros, los artesanos, los carboneros que bajaban del páramo arreando sus acémilas, las aguadoras que recorrían las empedradas calles con la mercancía de primera necesidad le dieron, con la rudeza de sus ademanes y la integridad de sus expresiones, los temas que habrían de inmortalizarlo.

Al ocuparse de las escenas de tierra caliente, con los jinetes que dominaban briosos caballos, las señoras de pro que llegaban a los mercados, los comerciantes enriquecidos y sus gentes sometidas poco menos que a la esclavitud, el lápiz del artista, penetrante como un bisturí, se empapa de humorismo al perfilar el ángulo por donde asoma lo ridículo. Quizá sus mismos contemporáneos no se dieron cuenta del espejo tremendo que tuvieron en sus días, el que andando los años se transformó en perdurable testimonio. No solo en el aspecto puramente documental, en trajes y ambiente, sino en el campo del folclore, pues el increíble movimiento de sus figuras, al abordar las danzas que se llevaban a cabo en las fiestas populares, permite a los estudiosos la anotación exacta de los pasos que se utilizaban para el desenvolvimiento del bambuco, abarcando por completo la coreografía del bambuco, por ejemplo.

Como dibujante, se nos revela conocedor integral de la anatomía,

llegando a escorzos que no es posible hallar ni en los dibujantes de la Comisión Corográfica. Apenas encuentra paralelo en algunos cartones de Marck. Los medios tonos, conseguidos con suaves líneas del lápiz y la profundidad sin demeritar ninguno de los planos, acusan al auténtico virtuoso que no precisa del truco porque domina las dimensiones todas.

Torres Méndez no viajó a Europa, ni a otro sitio a especializarse.

Todo lo debió a su talento y dedicación. No conoció maestros ni dejó escuela. Fue modesto pero altivo, con el orgullo de quien se sabe valioso y no acepta imposiciones. El afán snobista dejó su trabajo ignorado por mucho tiempo. Hace un poco más de cincuenta años que salió a flote. Ojalá, y ahora es más justo que nunca, Bogotá, la ciudad que él amó tanto, coloque su busto, que un día decoró el atrio de San Agustín, en un sitio digno de su memoria.